

EL ESTADO DEL PACTO

LA crisis del pacto de la Moncloa se acentúa. Durante los últimos días, el Partido Comunista, que fue su principal valedor, va tomando rápidamente distancias. Se considera que la entrevista de los señores Carrillo y Suárez el 3 de febrero obedece a las quejas del primero acerca de lo que considera incumplimiento del pacto por parte del Gobierno a las solicitudes del segundo para que el partido cese en lo que podría considerarse como una campaña contra el pacto. Las referencias oficiales u oficiosas de las dos partes son tranquilizadoras, escuetas y tienden a considerar la entrevista como de rutina. Pero la movilización del partido es considerable. Sobre todo, a partir de la ruda intervención del señor Camacho, diputado comunista y secretario general de Comisiones Obreras, en la Comisión de Trabajo del Congreso y posteriormente en una rueda de prensa convocada por Comisiones, que forma parte de la campaña de las elecciones sindicales en curso. El señor Camacho ha advertido —lo que los círculos de la extrema derecha consideran "una amenaza"— que Comisiones está dispuesta a dar "una respuesta adecuada" al Gobierno si éste continúa ignorando los derechos de los trabajadores —concretamente, la amnistía laboral y el Código de Derechos de los Trabajadores, rechazado por el Gobierno en el Congreso—. Antes, el señor Tamames había denunciado en la Comisión de Hacienda trece violaciones —o incumplimientos— del pacto, referidos a cuestiones económicas. Y finalmente, el señor Carrillo, con su visión global, totalizadora de la política, ha descrito las amenazas y las presiones contra el pacto: desde el gran dinero patronal y de las multinacionales, desde los Estados Unidos y Alemania Federal hasta las divisiones internas de la UCD y la actitud, "muy negativa", del PSOE. En un momento de elecciones sindicales de gran trascendencia, cuando la UGT obtiene más delegados de los que en un principio había previsto Comisiones, y cuando el número mayor de electos —dentro de las imprecisiones de los comunicados que se conocen hasta ahora— están correspondiendo a los "no afiliados". Una de las enseñanzas que se puede obtener de esta todavía incompleta e irregular estadística, que muestra, sin embargo, una línea de tendencia, es la falta de afecto de la clase

trabajadora a los pactos de la Moncloa. Y no solamente a lo que puede considerarse, con justicia, su incumplimiento oficial, sino a su existencia misma. Llevando más allá la simple especulación, podría deducirse que no es sólo un problema que afecta directamente a las organizaciones de los trabajadores, sino a un tema político más amplio: puede ocurrir que la retracción electoral pudiera ir también a un distanciamiento de los partidos políticos en sí, precisamente por su prestación al consenso de la Moncloa, y que en las elecciones municipales próximas viéramos aparecer también un gran número de concejales no afiliados o independientes, si las leyes electorales lo permitiesen o no pusieran tantos condicionantes que hicieran imposible sus candidaturas. La rectificación que hace el PCE al distanciarse del pacto, por la única vía posible, que es la de acusar al Gobierno de no cumplirlos, es muy oportuna.

EFFECTIVAMENTE, el Gobierno está abusando del pacto, de la imprecisión del documento firmado, de la utilización de su amplia longitud de interpretación. Efectivamente también, todas las fuerzas de la derecha, y sin duda Estados Unidos, como recuerda el señor Carrillo, se han empleado contra el pacto en lo que éste tiene de posibilidades para las fuerzas sociales, que

no han sido suficientemente desarrolladas. El abuso con que el Gobierno utiliza el pacto es evidente: lo evoca, lo invoca, ante cualquier discusión. Lo utiliza para inundar el Consejo de Televisión Española, lo aplica con carácter retroactivo en cuanto a subidas de salarios. En cualquiera de sus muchos temas, parece que los partidos políticos de la izquierda se comportan con mucha más resignación que el Gobierno. Pero todo esto era previsible desde su propio origen. En esta misma publicación se escribió, cuando todavía se estaban realizando las reuniones de la Moncloa, que "estamos condenados al Gobierno Suárez" y que la reunión de la Moncloa es "un acta de esa condena". "No es una solución; puede ser una salida. Pero también puede no serlo. El problema serio que plantea es que si este plan de salvación es de todos, y luego no salva, ¿quién quedará libre de la complicidad, quién podrá ser la reserva del país?" (1); y también que "para resolver la confusión del poder visible en España se sigue el viejo método de crear una confusión más. Una especie de institución nueva: una reunión más de notables. Como un Gobierno de concentración, pero gratuito, sin cargos ni poder ejecutivo —más que de

(1) "Moncloa: el pacto de la necesidad". TRIUNFO, núm. 768, 15-X-77.



El Gobierno Suárez se ha fortalecido, la democracia se ha hurtado y ahora hay que denunciar el incumplimiento de los pactos. Sobre estas líneas, el ministro de Agricultura, Martínez Genique, en Burgos.



El señor Camacho ha advertido que CC. OO. está dispuesta a dar "una respuesta adecuada" al Gobierno si éste continúa ignorando los derechos de los trabajadores. En la foto, el dirigente sindical junto a la también diputada del PCE Pilar Brabo.

una parte, la parte acaparadora de UCD—, que, por una parte, se superpone al Gobierno real, el cual, a su vez, está en situación más crítica" (2); y que se podía dudar de "que el Gobierno legal" permita en la realidad que el pacto de la Moncloa se perpetúe como institución y realice el control del cumplimiento de los acuerdos. Será, sin duda, el "Gobierno legal" el que desmenuce en Decretos y Ordenanzas lo pactado, y serán sus funcionarios los que lo apliquen. La creación de una importantísima red administrativa en todo el país le ayudará. Es una red más homogénea aún que la creada por el franquismo, porque es más homogénea y probablemente más leal —la red franquista estuvo tan trufada de deslealtades que de ella salió, entera, la nueva Administración— (3). Todo lo que ha ido pasando estaba escrito en el mismo origen: estaba en la naturaleza. El Gobierno Suárez se ha fortalecido, la democracia se ha hurtado y ahora hay que denunciar el incumplimiento de los pactos. Hay que salirse fuera de ellos para responder a las angustias de la clase trabajadora, y para constituir la reserva que se perdió entonces.

Lo que ha ocurrido en estos tres meses ha sido que toda la política se ha desarrollado en torno a una estrategia y una técnica de lo que no estaba previsto en un

principio, de esa institución nueva, de ese "espíritu", de ese texto emitido por los partidos. Se ha fortalecido el Gobierno, se ha disminuido la capacidad política de la oposición. No era imprevisible que la UCD cabalgase sobre esta oportunidad que ella misma había creado, y que continuase inundando la Administración española con sus jóvenes cachorros, y que respondiese con más ahínco a sus compromisos y lealtades con la derecha que a sus acuerdos con la izquierda. Es su razón de ser, su razón de gobernar, y el soporte de su Gobierno. La idea de que el pacto iba a convertirse en un equivalente de gobierno de concentración nacional era insostenible: se sabía ya que las mismas fuerzas que se invocan ahora, a partir de los Estados Unidos, no iban a tolerar una influencia comunista —aunque tuviera la voluntad de reducirse a sí misma a términos nacionales de la coexistencia—; a cambio de ello se ha perdido la paciencia de la clase obrera, la imagen de oposición de los partidos y la capacidad de debate abierto en las Cortes. Ofrecer a los antidemócratas la imagen de una democracia tranquila y serena era lo que la paremiología define como arrojar margaritas a los puercos, porque los antidemócratas estaban dispuestos por sí mismos a destruir esa imagen: con sus palabras, con sus actos legales y, en los casos extremos, con sus actos ilegales o criminales, acogiendo aquí en el término antidemócratas tanto a los que se acogen a la advocación de la derecha como a la de la iz-

quierda. Las fuerzas reales con que la democracia tiene que defenderse son las suyas propias: en lugar de atenuarlas o disimularlas, lo que conviene es fortalecerlas.

EL estado actual del pacto de la Moncloa es precario. Es interesante que el señor Carrillo y el señor Suárez traten de salvarlo: el primero, buscando la posibilidad de que su espíritu se cumpla y que la interpretación que se le dé corresponda, en lo que se refiere a la izquierda, a aquello que los partidos firmantes en nombre de ella interpretaron como adquirido; el segundo, porque es la base de su Gobierno, la tregua abierta hasta unas elecciones generales que trata de posponer lo más posible. La intención que se atribuye al señor Carrillo y lo que podrían haber sido sus palabras en la entrevista a solas con el señor Suárez es la de la convocatoria en la Moncloa de todos los firmantes de hace tres meses, para estudiar lo que ha sucedido y lo que puede suceder: es decir, para salvar lo que queda del pacto. No parece ajeno a su propósito proponer que esta reunión se institucionalice, buscando otra vez lo que ya buscó en un principio, lo que se calificaba como un "supergobierno". Lo cual parece imposible, y además puede parecer poco deseable. La imposibilidad puede encontrarse en las palabras del propio señor Carrillo en una asamblea de dirigentes de su partido, refiriéndose al PSOE: "La proposición que se hacen los camaradas del PSOE, considerándose como una alternativa de poder, no es una alternativa real. Primero, porque a ningún partido puede alcanzar la mayoría absoluta, pero dando como hecho el milagro de que el PSOE obtuviera una mayoría electoral suficiente, cuando un Gobierno del PSOE se propusiera la aplicación de un programa socialista, sino únicamente de izquierda, el búnker económico, el aparato del Estado, se volvería y unirían contra él, truncando la democracia en España". Esta misma amenaza, quizá con mayor fuerza, existiría contra un "supergobierno" hecho por el bies de la Moncloa, o contra un Gobierno legal de concentración nacional.

UNAS elecciones sindicales nos están recordando las enormes reservas del pueblo español acerca de todo lo que está pasando. Hay que tener muy en cuenta lo que se va sabiendo. El desencanto por los partidos políticos, el desinterés por lo que sucede en las Cortes y la desconfianza latente por las organizaciones sindicales que se refleja en la votación a independientes y no afiliados podían producir una mentalidad antidemocrática. Cuando lo que sucede es que las premisas reales de la democracia no están en acción. ■

(2) "El hurto de la democracia". TRIUNFO, número 769, 22-X-77.

(3) "El pacto y el riesgo". TRIUNFO, núm. 770, 29-X-77.